

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MÉXICO.

Lápida conmemorativa, de forma irregular, con una cara pulida y esculpida en forma rectangular, de 0.^m603 de base y 0.^m885 de altura; grueso desigual.

I.



A primera descripción é interpretación de esta página de la historia mexicana se debe al Sr. D. José Fernando Ramírez, quien la publicó en: *Descripción de cuatro lápidas monumentales conservadas en el Museo Nacional de México, seguido de un ensayo sobre su interpretación*; pág. 120 del Apéndice al tomo II de la *Historia de la Conquista de México*, por W. H. Prescott, edición de Cumplido, México, 1845.

El muy entendido y malogrado anticuario, dice:

«La figura que ocupa el centro de la división inferior de la lápida, es el símbolo ánuo *Acatl* (caña), que estando inscrito entre ocho gruesos puntos, nos da el año *Chicuei Acatl* (ocho cañas), correspondiente al nuestro 1487.—La fecha del día y mes se encuentra en la división superior, representada por siete puntos pequeñitos, de forma igual á los otros, acompañando al mismo símbolo de la *caña* como *signo diurno*, cuya figura se ve al pié y en línea recta con la de abajo. El todo designa el día *Chicome acatl* (siete cañas) 13 del mes *Itzcalli Xochilhuatl*, correspondiente al 19 de Febrero, añadidos nueve días por los bisiestos que habían corrido hasta el año 8 *cañas*, octavo de su tercera indicción, y cuyo cómputo no se hacía sino hasta completar el ciclo ó *Xiuhmolpilli*. Trátase, pues, de un suceso ocurrido el día 19 de Febrero de 1487.—Veámos cuál puede ser.»

«Esta lápida nos presenta una de las coincidencias más singulares que ofrece la historia, pues que se trata de un suceso idéntico acaecido en dos hemisferios diversos, y entre dos naciones que quizá formaban una sola familia, pero que fueron separadas cuando Dios dijo:—*Hé aquí este pueblo que es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo . . . descendamos y confundamos allí su lengua de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero*. Y así los separó.»

«En México, lo mismo que en Judea, hubo un rey que intentó edificar un templo que fuera el asombro y la maravilla de las naciones, por su magnificencia y magnitud; y, así como el otro, solamente tuvo la dicha de ver acopiado sus inmensos materiales, pues que

tal gloria estaba igualmente reservada á su sucesor. *Tizoc* fué el uno y *Ahuitzotl* el otro.»¹

« La lápida representa la efigie del primero en la figura de su derecha, reconocible por una *pierna* colocada á la altura del hombro, que era el símbolo de su nombre. Las pinturas aztecas representan la pierna y el cuerpo todo del rey, sembrado de puntos ó pintas negras que dan la significacion de su nombre. *Tizoc*, significa *tiznado*. A la izquierda de la lápida y derecha del observador, se ve al terrible y sanguinario Ahuitzotl, cuyo nombre simbólico está representado por un animalejo de formas fantásticas,² colocado á la manera de Tizoc. El todo representa que éste puso los fundamentos del templo mayor de México, concluido por el otro, y que treinta y cuatro años despues destruyeron los conquistadores y misioneros, allanando el terreno en que hoy descuella nuestra magnífica Catedral. »

« Describiendo el Padre Sahagun las fiestas que hacian los mexicanos en el mes *Itzcalli*, dice lo siguiente: « A los diez dias de este mes, sacaban fuego nuevo á la media noche de-
« lante de la imagen de *Xiuhtecuhtli*, muy curiosamente ataviada En esta fiesta los
« años comunes no mataban á nadie; pero el año bisiesto que era de *cuatro en cuatro años*,
« mataban en esta fiesta cautivos y esclavos »³ Lo mismo repite en otras partes de su obra,
« confirmado por los historiadores que se citan, conviniendo todos, en que esta fiesta cua-
« trienal era la más solemne, despues de la secular, y como un vivo y continuo recuerdo
« suyo. »

« Partiendo de este dato y tomando en cuenta que en el año 1455, *dos cañas*, se habia hecho la última *atadura*, tendríamos que en el de 1487, fecha de la lápida, era lo que nuestros escritores llaman bisiesto, y como tal, uno de los en que tocaba celebrar con mayor solemnidad la fiesta del fuego. *Ahuitzotl* aprovechó esta oportunidad para hacer más solemne y pomposa la fiesta de la dedicacion del templo mayor, proponiéndose exceder á la secular y á cuantas le habian precedido, para lo cual solo era necesario prolongar la duracion del período destinado á los sacrificios, y multiplicar el número de las víctimas. Su objeto lo consiguió tan plenamente, que hasta nuestros dias se ha conservado su nombre como una frase proverbial de calamidad y de desgracia, y tambien las pinturas mexicanas perpetuaron su memoria en la figura de un templo teñido de sangre, al pié de cuyas gradas se ve un prisionero descansando el pié sobre un lago teñido del mismo color. A esta pintura acompañan varios signos numéricos que sumados dan el total de víctimas inmoladas en aquella espantosa fiesta. Los Códices Vaticano y Telleriano⁴ la ponen en el año

1 Torquemada, lib. II, cap. 62 y 63.

2 Véase en la *Hist. gener.* del P. Sahagun, lib. XI, cap IV, § 2, la descripcion del misterioso animal que dió su nombre al octavo rey de México.

3 Sahagun cit. lib. II, cap. 18, y lib. III, cap. 37.—Torquemada; lib. X, cap. 30.—Gama; Descripción &c. parte 1ª § 9.

4 Kingsborough &, vol. I, p. 4ª, lám. 19:—vol. II, lám. 123, con su interpretación en el vol. V, pág. 152.—Torquemada dice que fueron inmolados 72,344 cautivos. *Ixtlilxochitl* hace subir su número á 80,400 hombres, designando los pueblos á que pertenecian, y el intérprete del Códice Telleriano lo rebaja hasta 4,000 Si nos atenemos á la pintura, todos estos guarismos son errados; aquellos por exceso y el último por una inadvertencia del intérprete, que no computó dos especie de bolsas ó signos numéricos llamados *Xiquipillis* (Ome-Xiquipilli), cada uno de los cuales vale ocho mil. Por esta cuenta podríamos descargar la odiada memoria de *Ahuitzotl*, de la responsabilidad de algunos millares de víctimas, quedando reducidas, segun el Códice Telleriano, á 20,000, y 400 ménos por el del Vaticano, que solamente pone nueve plumitas despues del segundo *Xiquipilli*. La forma de estas figuras aritméticas se ve en una de las láminas de la Historia Antigua de Clavigero, con la designacion de su valor.

ocho cañas, como lo expresa la lápida, anotando el segundo su correspondencia con el nuestro 1487, concorde con las tablas de *Sigüenza* y de *Veytia*, confirmadas por la respetable autoridad de *Ixtlilxochitl*, que dice:— «El templo de *Huitzilopochtli*, ídolo principal «de la nacion mexicana, concluido el año 1487, era el más grande y suntuoso de la ciudad «de México, &.»¹ Parece, pues, que no queda duda alguna sobre el suceso conmemorativo de la lápida, ni sobre el año, mes y día de su acaccimiento. Réstanos solamente explicar la figura colocada en medio de los dos reyes, y circunscrita por las extremidades de los penachos que cuelgan de sus cascos.»

«Yo presumo que sea una figura simbólica del fuego, divinidad objeto de la fiesta, juzgando por la descripción que hace el P. Sahagun² de la forma que la daban, de los dijes con que la revestían y de los trages que en tales casos se usaban para la danza religiosa, bastante conformes con las pinturas. En cuanto á lo primero, dice: que — «hacían la estatua del dios del fuego de *arquitos y palos*, atados unos con otros, que ellos llamaban «*calolistli*, que quiere decir *cimbria ó modelo* de estatua.» — Sobre ésta hacían bandas, papeles, piedras preciosas, y por último, una corona de plumas — *muy bien paradas así como clavel. . . . con dos plumajes; uno de la parte izquierda, y otro á derecha, que salen de junto á las sienes, á manera de cuernos inclinados hácia adelante, y en el remate de ellos muchas plumas ricas, &c.* Teniendo en consideración que el P. Sahagun escribió estas descripciones por informes verbales, y que por consiguiente ellas no podían ser tan minuciosamente exactas como las que se pudieran hacer con los objetos á la vista, parece que no resisten una aplicación á la figura que nos ocupa, considerando ésta como un símbolo del fuego. Ayuda á esta conjetura la consideración de que tratándose de reproducir en pequeño y en una piedra muy dura, formas tan grotescas, complicadas ó informes cuales son las del fuego, sin contar con los auxilios de herramientas aceradas, necesariamente debían pensar en simplificarlas todo lo posible, y esto solamente podían conseguirlo valiéndose de símbolos ó figuras de significación convencional, ó bien apelando al recurso de los caracteres hieráticos, cuyo carácter es expresar, con una parte ó simple trazo de la forma más dominante de la figura, el todo de ella. Un modelo palpable y muy comun de tal sistema lo tenemos en los caracteres que los astrónomos emplean para representar las figuras del Zodiaco, y lo vemos sobre todo en la tantas veces por mí citada lámina del viaje de los aztecas, donde las figuras del *pedernal*, *caña*, *conejo* y *casa* apenas conservan algunas semejanzas con su tipo, de lo cual es también un irrecusable ejemplo el símbolo ánuo de la *caña*, esculpido en la piedra que nos ocupa.»

«Para dar punto á esta elucidación, añadiré: que en las pinturas mexicanas que conmemoran el suceso, se advierte el símbolo de la *Xiuhmolpia* ó fiesta secular del fuego nuevo, colocada al pié del templo, enteramente separada de la línea de los símbolos ánuos, y bajo una forma, que aunque reconocible, difiere muy sustancialmente de la que constantemente emplean para designar la atadura de los años, cual si dijera en simbólico lenguaje, que aunque ese año no fuera de *Xiuhmolpilli*, en él se había celebrado una fiesta tan solemne y magnífica como la *Xiuhmolpia* secular.»

¹ Historia Chichimeca, cap. 60.

² Historia general, lib. II, cap. 37.

II.

Hasta aquí el Sr. D. José Fernando Ramírez. En materias difíciles como ésta, y cuando ha emitido su opinion persona tan competente como nuestro erudito anticuario, atrevimiento parece insistir sobre el mismo asunto y aventurar algo que sospechase pudiera contradiccion ó disentimiento. Sin embargo, las ciencias llegan á su perfeccion por observaciones sucesivas; si nuestros dichos resultan aventurados ó absurdos, sirvanles de defensa la buena intencion que las produjo.

La lápida que vamos examinando conmemora, en efecto, la dedicacion del gran *teocalli* de México Tenochtitlan. Tizoc ideó dar mayores dimensiones al antiguo templo levantado por sus antepasados, y hacer un monumento digno de los dioses y de la ciudad de México; habia acopiado los materiales y reunido los obreros competentes, cuando la muerte le atajó los pasos, dejando á su sucesor el cuidado de terminar la labor. Ahuizotl cumplió puntualmente el encargo, y habiendo subido al trono el año VII tochtli 1486, al siguiente VIII acatl 1487 daba cima á la empresa.

La página geroglífica contiene el intento y la ejecución, expresados por medio de los actos religiosos y penitencias que en ambas épocas tuvieron lugar. Los dos reyes están vestidos de una manera semejante; les cubre la cabeza un casco guerrero, en cuya parte superior ó cimera se descubre el *tlalpilloni* ó borla de plumas, distintivo de los soberanos, colgando de la visera un luengo plumaje. Llevan un sayo con flecos que les llega arriba de la rodilla, debajo del cual se distinguen las puntas del *maxtlatl* con que cubrían su cintura: descubiertos de pié y pierna, se les distinguen pulseras, un collar, las orejeras de costumbre, y en el brazo las borlas de plumas, semejantes á manípulos y distintivos de los grandes sacerdotes ó bien la bolsa del incienso para el sacrificio. Tizoc y Ahuizotl, guardando posiciones simétricas, empuñan con una mano una púa de maguey, con la cual se atraviesan la oreja, mientras con la otra mano levantada ayudan á la operacion: en las piernas presentan las señales de haberse de ahí sacrificado. Las ofrendas de sangre eran agradables á los dioses y estaban prescritas por el ritual. Era costumbre general sacarse sangre de las orejas, de los brazos y de las piernas, atravesándoles con las durísimas puntas del maguey: esto están practicando los monarcas.

La figura central se compone del símbolo de la construccion, representado por el carácter mímico *calli* (casa), modificacion del signo usual, sin dejar por ello de ser el símbolo. Los dos apéndices superiores inclinados á derecha é izquierda, terminados con el mímico *xochitl* (flor), indican los ramilletes ó flores con que fué ataviada la obra; igual significado tienen las ramas, yerbas, ó festones colgantes en la parte inferior. Los objetos colocados encima y á la derecha del *calli* representan las navajas de obsidiana *istli*; los del lado izquierdo es el símbolo *acatl* (caña, carrizo), destinado á la cruenta y dolorosa penitencia de agujerarse la lengua, para pasar en seguida por la herida cierto número místico de cañuelas, ya en mayor cantidad, ya de mayor longitud, ya de más ó menos grueso. Ejemplo palpable de esta práctica ofrece la lám. 33 del Códice Telleriano Remense. Los dos objetos curvos, junto á los piés de los reyes, terminados por una especie de vaso, de cuya boca se desprende una lengua recurva, símbolo del fuego ó del humo, son los *tlemaatl*, braseros destinados para conducir el fuego y quemar en ellos el incienso. Del exámen de los objetos en conjunto y en particular, solo resulta que se refieren á las penitencias exigidas por el rito y á la festividad religiosa.

El mismo suceso narran la pág. 84 del Códice Telleriano Remense y su concordante en el Códice Vaticano, si bien de una manera más explícita. Al cuadro que contiene la anotación numérica del año, 8 *acatl*, 1487, va unido por una línea el dibujo del *teocalli*, en cuya parte superior se alzan las dos capillas tradicionales: las escaleras están pintadas de rojo, significando la sangre que por ellas corrió durante el sacrificio. Otra línea en la parte inferior del *teocalli* une á éste con el símbolo del *Xiuhmolpilli* ó atadura de los años. Está compuesto de un leño horizontal, sobre el cual descansa verticalmente otro leño, teniendo á ambos lados el signo simbólico del fuego; es el carácter ideográfico de la festividad del fuego nuevo, de la atadura de los años, del período cíclico de 52 años. Aquí no significa la *Xiuhmolpia*, sino como observa muy bien el Sr. Ramirez, que la festividad fué tan solemne como la que tenía lugar al fin de cada ciclo. Tercera línea une el símbolo anterior, hácia abajo, con un grupo geroglífico compuesto del simbólico *tell*, piedra, y del mímico *nochtli*, dando con el afijo de los nombres de lugar, por los valores fónicos de los objetos, la lectura *Tc-noch-ti-tlan*. Así está determinado el lugar del suceso.

A la izquierda se muestra el rey Ahuitzotl, reconocible en el cuadrúpedo con el símbolo *atl*, agua, sobre el lomo, que le da su nombre, y que D. Carlos de Sigüenza dice ser un animal anfibio semejante á la nutria. Las tres figuras, dos á la derecha y una en la parte inferior, llevando en una mano una bandera, *pantli*, y en la otra un pequeño *chimalli*, escudo ó rodela, representan las víctimas destinadas al sacrificio, cual lo explican los arreos que los adornan y las pinturas que en forma particular les manchan rostro y cuerpo. Cada una lleva escrito su nombre geroglífico, en el grupo unido por una línea al pié ó la cabeza de las figuras. La de la derecha y superior es el mímico *tzapotl*, zapote, de donde se deriva el gentilicio de la tribu Tzapoteca; la que le sigue para abajo ofrece el vaso para los colores, dando la lectura de los Tlapaneca: la tercera lleva una culebra azul, carácter fonético del pueblo de Xiuhcoac, y le sigue la cabeza de un tigre, denominando el pueblo de Ocelotla, de la misma provincia.

El número de víctimas inmoladas lo dicen los signos numéricos allí colocados. La bolsa es el numeral 8,000 y da la lectura *cexiquipilli*; cada pluma, *cetzontli*, expresa 400. Atendiendo á que hay dos bolsas y diez plumas,¹ la suma será $8,000 + 8,000 + 400 \times 10 = 20,000$. Ya dijo arriba el Sr. Ramirez, que el Códice Vaticano tiene omitido uno de los signos de 400.

A propósito de las víctimas, dice Ixtlilxochitl:² —« Al tercer año del reinado de Ahui-
« tzotzin,³ (que fué el de mil cuatrocientos ochenta y siete que llaman *chicuei acatl*), se aca-
« bó el templo mayor de Huitzilopochtli, ídolo principal de la nación mexicana, que fué el
« mayor y más suntuoso que hubo en la ciudad de México; y para su estreno convidó á los
« reyes de Tezcuco Nezahualpiltzintli y Chimalpopocatezin de Tlacopan, y á todos los de-
« más grandes y señores del imperio: todos los cuales, en especial los dos reyes, fueron con
« gran aparato y suma de cautivos para sacrificarlos ante este falso dios, que en solo el es-
« treno de su templo (dejando aparte varias opiniones de autores) se juntaron con los que
« el rey de México tenía de solas cuatro naciones, que fueron cautivos en las guerras atrás

1 En los *Archives Paléographiques de l'Orient et de l'Amérique, publiées avec des notices historiques et philologiques, par Leon de Rosny*, París 1871, está contenida una copia del Códice Telleriano, y en esta lámina se añadió un *tzontli* más de los contenidos en el original.

2 Hist. Chichimeca, cap. 60. MS.

3 Es un error; fué el segundo año segun su misma cronología.

« referidas, ochenta mil y cuatrocientos hombres, en este modo; de la nacion tzapoteca diez y seis mil; de los tlapanecas veinticuatro mil; de los huexotzincas y atlixcas otros diez y seis mil; de los xiuhcoac veinte y cuatro mil y cuatrocientos, que vienen á montar el número referido; todos los cuales fueron sacrificados ante esta estatua del demonio, y las cabezas fueron encajadas en unos huecos que de intento se hicieron en las paredes del templo mayor; sin otros cautivos de otras guerras de ménos cuantía, que despues en el discurso del año fueron sacrificados, que vinieron á ser más de cien mil hombres. »

III.

Dejo para otra sazon describir la horrenda carnicería perpetrada en la dedicacion del gran *teocalli* de Tenochtitlan, porque á su relato se aprieta de angustia el corazon, y la mente se ofusca contemplando los extravíos de la arrogante inteligencia humana; pero ocasion propicia me parece de soltar alguna palabra en favor de las naciones americanas, defendiéndolas de los terribles cargos en nombre de la moral inflexible contra ellas formuladas, los sacrificios humanos y su pretendida antropofagia. Alzaron ya la voz á este propósito nuestros compatriotas Clavigero y D. Fernando Ramirez;¹ sus luminosos escritos me servirán de guía.

« No ha habido casi ninguna nacion en el mundo, dice Clavigero,² que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los Libros Santos nos dicen que los Ammonitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacian otros pueblos de la tierra de Canaan. Los Israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el libro IV de los Reyes, que Acház y Manasés, reyes de Judá, usaron aquel rito gentílico de pasar á sus hijos por las llamas. La expresion del texto sagrado parece indicar mas bien una lustracion ó consagracion que un holocausto; pero el salmo CV no nos permite dudar que los Israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los Cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion los estupendos y eminentes milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios. « *Commixti sunt inter gentes, et dixerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et immolaverunt filios suos et filias suas Dæmoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiorum suorum, et filiarum suarum quas immolaverant sculptilibus Chanaan, et infecta est terra in sanguinibus.* »

« De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se immolaban tres víctimas humanas en Heliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solo los Ammonitas, los Cananeos y los Egipcios los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfegor y Juno; pues los Persas hacian iguales sacrificios á Mitra ó el Sol, los Fenicios y los Cartagineses á Baal ó Saturno, los Cretenses á Jove, los Lacedemonios á Marte, los Focenses á Diana, los habitantes de Lesbos á Baco, los Tesalónicos al centauro Quiron y á Peleo, los Galos á Eso y á Teutate, los Bardos de la Germania á Tuiston, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los Fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecian en sa-

¹ Historia Antigua. Disertacion VIII, tom. II, pág. 418.—Historia de la Conquista, por Prescott, edic. de Cumplido, tom. II. Notas y esclarecimientos, etc.

² Loco cit., pág. 424.

crificio á su inhumano Baal los hijos que más amaban, y Curcio afirma que lo mismo hicieron los Tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los Cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razón. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agátocles, rey de Siracusa, para aplacar á su dios, que creían irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, además de 300 jóvenes que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses y de su amor á la patria, y segun asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debia saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.»

Los Pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los Romanos, que fueron tan sanguinarios y supersticiosos, conocieron tambien aquellos sacrificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa *Maia*, madre de los Lares, para implorar de ella la felicidad en sus casas. Indújolos á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos. «*DCLVII demum anno «urbis, Cn. Corn. Lentulo, Licinio Coss-Senatum consultum factum est, ne homo immo- «laretur.*» Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion, pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perusia, donde se habia fortificado el cónsul L. Antonio, sacrificó en honor de su tio Julio César, divinizado ya por los Romanos, 300 hombres, parte senadores y parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios. «*Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniam, vel excusare se conantibus una voce «occurrens, moriendum esse. Scribunt quidam trecentos et dedititiis electos, utriusque or- «dinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martiis victimarum more mactatos.*» Lactancio Firmiano, que conocia á fondo la nacion Romana y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente, que aún en sus tiempos se hacian aquellos sacrificios en Italia al dios *Lacial*. «*Nec Latini quidem hujus immanitatis expertes fuerunt; siquidem Latialis Jupi- «ter etiam num sanguine colitur humano.*» Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el libro III que los Lucitanos sacrificaban los prisioneros, cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agüeros; que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas víctimas al Dios Marte, y, hablando en general, dice que era propio de los Españoles sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los Béticos sus antepasados, á saber: que despues de pasada la juventud, hastiados de la vida, se daban muerte á sí mismos, lo que él elogia como una accion heroica.

«*Prodiga gens animæ et properare facillima mortem;*
«*Namque ubi transcendit florentes viribus annos,*
«*Impatiens ævi spernit venisse senectam,*
«*Et fati modus in dextra est.*

«¿Quién diria que esta manía de los Béticos habia de ser una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los Godos, que ocuparon la España, dice así: «Porque estaban persuadidos que no tendría buen éxito la

« guerra, si no ofrecian sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban. » Si no hubieran olvidado esta especie los Españoles que escribieron la historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrian maravillado tanto de los sacrificios de los Mexicanos. »

Dejando á Clavigero, encontramos en César Cantú:¹ « La mayor parte de los pueblos han inmolado víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Arabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenienses, Lacedemonios, Jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupacion. Para conseguir el favor de los dioses, el rey de Moab ofreció á su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta accion tal horror á los sitiadores, que al momento se alejaron.² No puede ménos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores, tanto antiguos como modernos, la descripcion de los sacrificios humanos, usados desde los tiempos más remotos en toda la gentilidad, y practicados hoy dia en la India y en lo interior del Africa. Ignórase quién fué el primero que aconsejó tan atroz barbarie; pero haya sido Saturno, como resulta en el fragmento de Sanconiaton, ó Licaon, como Pausanias parece indicar, es lo cierto que esta costumbre echó profundas y robustas raíces. La inmolacion de las víctimas humanas era una de las abominaciones que Moisés reprendió á los Amorreos; los Moabitas sacrificaban niños al dios Moloc, cuya cruel costumbre prevaleció entre los Tirios y Fenicios, y los mismos Hebreos la habian tomado de sus vecinos. »

El mismo César Cantú escribe en otra parte:³ « Quisiérase negar la historia cuando nos muestra este abominable uso practicado en todo el universo; pero para oprobio de la especie humana no hay cosa más incontestable, pues que hasta las ficciones de la poesía atestiguan esta preocupacion universal. »

Más pudiéramos aún aumentar; nos contentaremos, sin embargo, con la copia del siguiente párrafo del Sr. Ramirez:⁴ « En efecto, dejando á un lado la sola tradicion histórica, que nos conduciria en nuestras investigaciones á una época más remota que la del sacrificio intentado por Abraham,⁵ y ateniéndonos únicamente á aquellas pruebas de hecho que aún se conservan, y que podemos juzgar por nosotros mismos, es de veras muy digno de atencion, que la prueba de la existencia de los sacrificios humanos se encuentre en monumentos que á su vez son testigos irrecusables de la alta civilizacion á que habia llegado el pueblo que los construyó; cual si nos dijeran en lenguaje misterioso, que aquellos habian caminado á la par de ésta. Las estupendas ruinas de Persépolis, que nos transportan tantos siglos más allá de Alejandro, han perpetuado en sus magníficos relieves la memoria de los sacrificios humanos:⁶ la misma se reproduce en las pinturas halladas en los sepulcros de los reyes de Tébas, no dejando duda alguna, dice el Baron de Humboldt, de que los egipcios practicaron estos sacrificios.⁷ Muestras de ellos se reconocen en los es-

1 Hist. Universal. tom. VIII, pág. 787.

2 IV Reg. IV. 27.

3 Loco cit., pág. 772.

4 Notas y esclarecimientos, pág. 39.

5 El sabio Abate Guenée conviene en que esta especie de sacrificios estaban en uso mucho ántes de Abraham. *Lettres de quelques juifs*, vol. II, lett. 3, § 2.

6 Chardin, *Voyages en Perse*, &c. vol. IX, pág. 63 y sig., edic. 12.º 1711.

7 Vues des Cordillères, &c. Planch. XV, vol. I, pág. 289, in 8º.

combros que cubren la isla Phila ó Philoæ, cuyos acabados relieves y cincelados mármoles nós hacen retroceder, en los más modernos, un periodo de cinco mil años.¹ En fin, la antigua y misteriosa India nos presenta en el collar de cráneos humanos que adornan el cuello de la diosa Cālī ó Bhāvanī, así como tambien en las esculturas de Elephantina, la práctica de las tremendas lecciones contenidas en sus libros sagrados.² Por lo que toca á los pueblos que llamaré modernos, considerándolos como la almáeiga ó el tronco de donde brotaron las naciones que hoy llevan la bandera de la civilizacion, es muy fácil probar con su misma historia, que ni uno solo de ellos ha escapado á aquel bautismo de sangre, cual si éste formara uno de los necesarios eslabones de la cadena social, que ninguno tendria el privilegio de saltar.»³

Del testimonio conforme de los autores se deduce, pues, que la práctica de los sacrificios humanos ha sido comun en el Antiguo y en el Nuevo Mundo. ¿Podemos inferir de su universalidad, la bondad de la costumbre? De ninguna manera; la repeticion de un acto criminal, no lo abonan ni lo santifica. Pero se puede establecer, que al levantar el grito los europeos contra los americanos por esta barbarie, cometen un acto de injusticia y de irreflexion, achacando á éstos como crimen particular el que tambien es propio suyo y comun. Cuanto de los indios digan, cae sobre la cabeza de todos los pueblos: ese afectado horror está fuera de lugar: si álguien está inocente, tire la primera piedra.

Pero, esta mancha de la humanidad ¿no alcanza alguna explicacion plausible? ¿Tan grande falta es, que no alcanza disculpa ni merced delante de la razon? Yo creo que sí.

En último análisis; los sistemas religiosos se resúmen en estos principios. Dios crió al hombre, se comunicó con su obra, se le dió á conocer, y le impuso una doctrina: á esta escuela pertenezco. Los hombres que se separaron del tronco primitivo y olvidaron la doctrina recibida, quedaron entregados á su propia ceguedad: estos inventaron sus dioses y su culto. En ningun caso puedo creer con el poeta, que los primeros dioses hayan sido hijos del temor.⁴ Porque en el sistema de la revelacion, Dios se hizo conocer á su creatura por la ley del amor; y en el sistema de la invencion, porque el hombre, en su estado primitivo, está más propenso á la admiracion que al miedo; porque del peligro se huye, sin detenerse á adorarlo; porque lo que se alza por dios infunde respeto, y fué ántes elegido por el reconocimiento ó el asombro.

Sin embargo, es evidente que en el culto se encuentran mezclados dos sentimientos, al parecer imposible de estar asociados, el amor y el miedo. La explicacion es fácil. Dios se considera siempre como la perfeccion absoluta. El hombre, á poco que se examine, se encuentra trunco, imperfecto. La inmensa grandeza de Dios; los favores de él alcanzados; la

1 Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Egypte, vol. V ó III, cap I. in 8. 1832.

2 Vues &., loc. cit., pág. 256.—«El placer que causa á la divinidad el sacrificio de una tortuga, dice la ley del Indostan, solamente le dura un mes; el que recibe del sacrificio de un cocodrilo, dura tres meses; una víctima humana le causa un placer de mil años, y tres, un placer de cien mil años. De la religion considerée dans sa source &., por B. Constant, lib. XII, cap. 2. in 8. 1831.—Es probable que así hayan discurrido todos los pueblos desde el momento en que les ocurrió salpicar con sangre las aras de sus dioses, sin que fuera bastante á contenerlos otro poder que el emergente del abuso mismo del sacrificio.

3 Para no fastidiar á mis lectores con la lectura insípida de un mismo hecho, variando solamente con los nombres propios de los pueblos, lo remito al capítulo citado de B. Constant y al libro VII de la Monarquía indiana del P. Torquemada, donde hallará una gran parte de las pruebas que podrian producirse en apoyo de esta proposicion.

4 Primus in orbe Deos fecit timor.

esperanza de los beneficios por recibir, determinan en el hombre la admiración, el agradecimiento y el amor. Pero las relaciones entre Dios y el hombre presuponen una regla de conducta; una ley con su parte penal; la recompensa para quien cumpla la ley, el castigo para quien la infrinja. Ahora bien: reconocida la imperfección del hombre, por esta misma causa ó por perversidad personal, fácil, muy fácil es conculcar la ley. Del crimen viene el miedo al castigo, el temor de la divinidad; no por suponerla malévola ó vengativa, sino precisamente por considerarla justa.

El amor inventó la ofrenda, el miedo el sacrificio. La ofrenda es al principio sencilla, como sencillo es el corazón; después razonada, á medida que la mente va ilustrándose. Nada más tierno, nada más natural, que colocar sobre el altar la yerba olorosa, la flor fragante de los campos, el fruto sazonado y sabroso, las primeras espigas de la cosecha, las primicias del rebaño. El sacrificio es la expiación, y comienza por la persona del culpado. La falta se purga por una pena proporcional; cuanto más grave es el pecado, tanta mayor será la penitencia. De aquí la oración ó súplica, la abstinencia; la maceración: el arrepentimiento y el fervor conducen á expiaciones en que el cuerpo se desgarrar, y la sangre que brota de las heridas es la ofrecida por primera vez, casi sin pretenderlo, á la satisfacción de la Divinidad.

La lógica del sentimiento anda por pendientes resbaladizas. Prosiguiendo en sus inducciones, admite que la culpa puede redimirse por objetos extraños al culpado; es decir, descubre el sistema de la sustitución. En este supuesto, como la Divinidad es dueña de todo lo creado, fuente de la producción y de la vida, infiere que no solo se le deben los seres inanimados, sino también los vivientes; á las plantas, flores y frutos seguirá la ofrenda de los animales. Los seres animados solo pueden ser sustituidos por seres animados. A la ofrenda acompaña la víctima, el símbolo expiatorio; esta víctima será santa, como consagrada á Dios. Si redime la culpa individual, también puede ponerse en desagravio de las faltas públicas ó por la salud común: en este último caso la consagración de la víctima subirá de punto; el sentimiento particular se convertirá en común y ritual. Entonces son inmolados los animales. La víctima será tanto más preciada, cuanto mayores sean las perfecciones que se le atribuyan. Cada pueblo dará preferencia al animal que le parezca privilegiado; y como la repetición del sacrificio es la repetición de la obra meritoria, no siempre la piedad se conformará con una víctima, y llegará hasta la hecatombe.

Por una serie de ideas, sin valor alguno y fuera del alcance de nosotros los hombres actuales, apareció la víctima humana. Era la consecuencia forzosa de una lógica inflexible, torcida en sus principios. Admitida la sustitución, el suplicio del criminal para satisfacer la vindicta pública, se transformó en el sacrificio del malo por la salud del pueblo. Se degollaba á los prisioneros sobre el altar, por contrarios á las divinidades y á la nación. Se inmolaba al esclavo, con el derecho que tenía el señor para disponer de sus cosas según su antojo. Pereció también el inocente, pedido por el expreso mandato del dios, por el voto popular, por las prescripciones del rito. Puesta la primitiva verdad en la resbaladiza pendiente, fuerza era verla despeñada hasta el abismo. El pensamiento seguía el orden progresivo; la piedra para sostener el ara; los metales ú objetos valiosos para adornarla; las plantas y frutos para ofrenda; los animales víctimas de sustitución; preciso era llegar al ser más perfecto en la creación, al máspreciado, al que se semejaba más á la Divinidad, el hombre. Si el sacrificio del criminal era grato, con mayor razón lo sería en casos excepcionales, el del inocente. Si sucumbía el guerrero, también tenía su precio la sangre de la mujer y del niño. Nada de esto podemos ahora admitir como racional, porque precisamente venimos

contra la corriente de aquellas ideas absurdas. Nos parece el sacrificio humano, impío y abominable; matar al inocente, atentatorio; dar la muerte al prisionero, injusto; reconocer la esclavitud, inicuo: pensamos detenernos ante la vida del malvado, como ante cosa de la cual no podemos disponer.

Imposible abarcar las inducciones por las cuales los pueblos todos vinieron á sacar la última consecuencia; coinciden en un punto comun, mas faltan las ideas intermedia para poderse formar juicio. Sin embargo, estudiando los rastros que aún quedan en la historia, se descubre que el sacrificio humano, es error del espíritu más que perversidad del corazón; dimanó de exceso de congratular á las divinidades y no de verdadera inclinacion al mal. Los pueblos, en los tiempos que siguieron esta bárbara institucion, progresaron física y moralmente. La víctima humana no se presentó, sin existir primero la idea de un Ser Supremo, la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo y la recompensa de las acciones, la redencion de la culpa, la sustitucion en el sacrificio, la eficacia de las obras buenas para aplacar á la Divinidad; un conjunto completo de doctrinas, enderezadas á en salzar la virtud y á enfrenar el vicio. Sin duda que es una inmensa mejora moral haber suprimido esa práctica salvaje; pero, examinada filosóficamente, no se presta á las lamentaciones intempestivas de ciertos filósofos llorones. Adoptando los pensamientos del conde de Mais-
«tre,¹ su horror nace de que sin duda ignoran que el abuso de sacrificios, por enorme
«que sea, es nada en comparacion de la impiedad absoluta.» En cuanto á mí, voy más adelante. Prefiero la víctima humana, á la ausencia de Dios y de su altar en el sistema del ateo; para mí, encierra más sentido comun el fetiche del negro, que el evasivo y desconsolador *quién sabe* del pirrónico. Entre los inmensos beneficios que el cristianismo ha derramado sobre la humanidad, se cuenta el de hacer imposible para los creyentes la víctima humana. Dios aparta indignado los ojos de la sangre, y el cruento sacrificio del Calvario redimió al género humano.

IV.

Pasemos ahora al segundo cargo, el de antropofagia. Seré breve.

«Además de los ejemplos producidos, dice el Sr. D. Fernando Ramirez,² y sin tomar en cuenta el semillero de antropófagos, que los poetas antiguos y los mitólogos sitúan en el corazon de la Europa, sabemos por Plinio y por Pomponio Mela,³ que lo eran esas numerosas tribus conocidas bajo la denominacion de *Escitas*: lo mismo dice Estrabon⁴ de los *Irlandeses*; como testigo de vista lo afirma San Gerónimo⁵ de los *Escoceses*, y Diodoro de Sicilia,⁶ confirmando estas noticias, aumenta el catálogo con las numerosas tribus de los *Celtas*. Voltaire cita un pasaje de Marco Polo, que decia ser un privilegio de los magos y sacerdotes *tártaros* comer la carne de los ajusticiados, y Sir Stamford Raffles refiere un hecho semejante, de muy reciente data y del más singular carácter que observó entre los *Battas*,⁷ pueblo de la Sumatra, donde la civilizacion ha hecho grandes progresos, pues no

¹ In Ramirez, loc. cit., pág. 70.

² Notas y aclaraciones, pág. 64.

³ Plin. Hist. natur. VI, 17.—Mela, de Situ Orbis, II, 1.

⁴ Geograph. lib. IV, pág. 139.

⁵ Cit. por Torquemada, lib. XIV, cap. 26.

⁶ Hist. univers. V, 21.

⁷ Encyclopedie des gens du monde, &c., art. Adultère.

solo han adoptado para su gobierno las formas constitucionales, sino que tambien tienen establecimientos de instruccion pública y una gran parte de la poblacion sabe leer y escribir.»

Para dar punto á este artículo y completar la prueba relativa á la universalidad del *antropofagismo*, diré con el sabio Virey, que ha examinado la materia como historiador, como filósofo y como fisiólogo: «Las naciones hoy más cultas fueron antiguamente *antropófagas*: «Pelloutier lo afirma de todos los *Celtas*,¹ y Cluver de los Alemanes.² Infiérese por las capitulares de Carlo Magno³ que este crimen debia ser bastante comun, puesto que aquel «grande monarca tuvo necesidad de imponer penas para reprimirlo. En la guerra que los «Tártaros hicieron á los Rusos el año de 1740, se les vió chupar la sangre á los muertos. «*Todos los europeos descienden originariamente de una raza antropófaga*. Un antiguo es-«coliasta de Píndaro lo afirma de los pueblos de la Atica, en épocas remotas, y Pausanias «lo asegura de los antiguos griegos, que con el discurso del tiempo llegaron á formar la «nacion mas culta é ilustrada del universo.» El escritor citado, que prosigue haciendo una larga y minuciosa enumeracion de otros muchos pueblos de ambos continentes, para probar *que nada tiene absolutamente de nuevo ni de extraño que el hombre haya devorado á su semejante*, la cierra exclamando: «*Nosotros, pues, somos descendientes de antropófagos*.»⁴

Fundados en estas autoridades, y principalmente en la muy caracterizada de Virey, inferimos que la antropofagia es crimen comun al Antiguo y al Nuevo Mundo: la cuestion queda colocada en el mismo terreno que la de los sacrificios humanos.

Antropófago se denomina á quien come carne humana. Comprendo que comer carne humana es un crimen repugnante; pero, ¿no existe diferencia alguna, entre quien la come por vicio, por placer, por costumbre, porque hace de ella la parte principal y constante de su alimentacion, y quien solo la come en ciertas y determinadas ocasiones, permitidas por la ley y prescritas por el culto? Sin pretender clasificar los diversos géneros de antropofagia, la razon dicta que entre el uno y el otro de los casos propuestos média una distancia inmensa. Sin embargo, esa misma razon anatematiza el hecho bárbaro de tocar á la carne del hombre, y no aminora el crimen la cantidad tomada por alimento, ni el disfraz con que se la encubra. Todavía insisto en que, es más viciosa y repugnante la conducta del caribe, del caníbal, del acaxee, que andaban á caza de hombres para devorarles cual si ellos fueran animales salvajes, que la de los mexicanos comiendo *únicamente*, por sentimiento religioso, la carne de las víctimas inmoladas á sus dioses. Solo voy á tratar de la antropofagia de los mexicanos.

Los mexicanos solo sacrificaban á los prisioneros de guerra, y á los esclavos comprados y donados por sus dueños para aquel efecto.⁵ Así el Estado y los particulares proveian de víctimas al culto. Conforme á las ideas admitidas por aquellos pueblos, no se cometia ninguna injusticia en la muerte de las personas entregadas al cuchillo sacerdotal. Las personas libres se constituian en esclavitud, se ponian bajo la dependencia ajena, por su propia voluntad ó por sentencia judicial; del derecho de propiedad venia el derecho de disponer de la cosa comprada y dar la muerte al hombre criminal. Los padres, autorizados por la ley, enajenaban á sus hijos para ofrenda de los dioses. En cuanto á los prisioneros de guerra, reconvenido Motecuhzoma por Cortés por la crueldad de los sacrificios, contestó el rey:

¹ Hist. des cultes, t. I, pág. 235-242.

² German, antiq.

³ Edic. d'Heinec, pág. 382.

⁴ Nouveau diction. d'hist. natur, art. Anthropophage, Paris, 1816.

⁵ Motolinía, trat. I, cap. VI.—Mendieta, lib. II, cap. XVI, etc.

«Nosotros tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la accion, como vosotros haceis con los nuestros. ¿Y porqué no podrémos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?»¹ Idénticas ideas, relativas al derecho de disponer de la vida del esclavo y del cautivo, profesaban muchos pueblos del antiguo continente.

De la víctima solo se comian porciones determinadas.² Admitido por víctima el hombre, se concibe fácilmente que su carne se comiera.

Segun el sistema de sustitucion, inmolada la víctima quedaba consagrada, por pertenecer á las divinidades. Sacada de su estado natural por la santificacion del sacrificio, se trasformaba en una sustancia mística; desaparecen los caracteres primitivos, digamos así, para adquirir otros simbólicos y perfectos. Comer de la víctima es declararse adorador del dios, confesor de la religion, parte integrante de los creyentes; hay una especie de identificacion con la misma divinidad; se goza de una prerogativa casi celeste; el objeto recibido cobra el inmenso valor de la trasformacion santa del sacrificio. «Por una continuacion de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios, veian tambien los antiguos alguna cosa misteriosa en la comida del cuerpo y de la sangre de las víctimas. *Esta contenia, en su sentir, el complemento del sacrificio y de la unidad religiosa*, de tal modo, que los cristianos rehusaron por mucho tiempo probar las carnes inmoladas, para que no se creyese que comiéndolas, reconocian las falsas divinidades á que se habian ofrecido; *porque todos los que participan de una víctima son un mismo cuerpo*.³ Mas esta idea universal de la comunión por la sangre, aunque viciosa en su aplicacion, creo, sin embargo, justa y profética en su origen, así como aquella de la cual derivaba.»⁴

En último análisis, en virtud de la trasmutacion comian los mexicanos la carne de la víctima, no por ser codorniz, culebra ú hombre, sino porque era una sustancia mística. «Luego tomaban al sacrificado (los sacerdotes) y volvíansele á su dueño, con la carne del cual solemnizaban la fiesta, *la cual carne de todos los sacrificados tenian realmente por carne consagrada y bendita, y la comian con tanta reverencia y con tantas ceremonias y melindres como si fuera alguna cosa celestial, y así la gente comun jamás la comia, sino allá la gente ilustre y muy principal.*»⁵

Esta autoridad, que nada tiene de sospechosa (otras muchas pudieran alegarse), prueba evidentemente el sentido religioso que los mexicanos daban á la carne de la víctima. Prueba, además, que la práctica no era universal, supuesto que solo alcanzaba á la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo y al guerrero cautivador del prisionero, con los amigos y parientes de estos, únicos que podian alcanzar alguna fraccion de la víctima inmolada.

Pudiera llamar la atencion ese convite repugnante en que la carne humana se servia condimentada. El hecho tiene explicacion plausible. Los grados en el ejército, las distinciones civiles, las recompensas de todo género se alcanzaban en los campos de batalla y se median por el número de prisioneros tomados por cada uno personalmente. Traer de la

1 Clavigero, tom. II, pág. 427.

2 P. Mendieta, lib. II, cap. XV.—Motolinía, trat. I, cap. VI.—P. Sahagun, tom. I, pág. 89.—Clavigero, tom. I, pág. 257, etc.

3 Corinth., X, 17.

4 El conde de Maistre, cit. por Ramirez, pág. 56.

5 P. Durán, seg. part., cap. X. MS.

guerra un cautivo era dar muestras de valentía y rematar una hazaña á la que seguía el premio; prescrito por el ritual que el prisionero se consagrara á los dioses, quedaba transmutado en víctima: nacía de entrambas cosas un acontecimiento fausto, y para comer la sustancia mística y celebrar los hechos del guerrero era ese convite, religioso y social al tiempo mismo, á que concurrían los amigos del vencedor.

Los mexicanos, pues, solo comían la carne de la víctima inmolada: fuera de este caso, nunca fueron antropófagos, ni en los casos de mayor apuro. He aquí la prueba. En el reinado de Moteculizoma Ilhuicamina sobrevino una hambre espantosa: el pueblo hambriento devoró plantas y raíces, se alimentó con los animales más inmundos, vendieron á sus hijos á cambio de maíz á los mercaderes cuexteca y se vendían á sí propios; emigraron á tierras lejanas quedando muchos muertos por campos y caminos: durante tamaño apuro, en tanta calamidad, no se registra en los anales de ese pueblo afligido que se comieran unos á otros, no ya dándose la muerte estando vivos, pero ni aun aprovechando los despojos de los muertos. Repitióse la plaga en el reinado del segundo Motecuhzoma, y en las mismas condiciones.

Ocurriendo á la historia de la conquista se encontrará que durante el asedio de Tenochtitlan por los castellanos y sus aliados, los mexicanos sufrieron los horrores del hambre más cruel. Consumidas las provisiones, comieron las hojas y las cortezas de los árboles; escarbaron la tierra para sacar las raíces; agotaron las sabandijas en la tierra y en el agua de la ciudad; murieron de hambre, y no tocaron á los cuerpos de los suyos. No les faltaba poco ni mucho aquel alimento. Un testigo presencial nos informa:¹ «y es verdad, y juro amen, «que toda la laguna, y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres «muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de «guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Méjico, &c. »

Las penalidades de los sitiados píntalas así Cortés:² «é viendo que tanto número de «gente de los enemigos, no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que «aquellas casas que les quedaban eran pequeñas, y puestas cada una de ellas sobre sí en el «agua; y sobre todo la grandísima hambre, que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles. »&c. Y Bernal Díaz:³ «Digo que «en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias, y muchos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios, é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver; y después que la hubieron desembarazado, «envió Cortés á ver la ciudad, y estaban, como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podían salir, y lo que «purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba, y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas, «que habían comido cocidas; hasta las cortezas de los árboles también las habían comido. «De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. »

Las penalidades eran, pues, inauditas. «También quiero decir, continúa Bernal Díaz, «que no comían la carne de sus mejicanos, si no era de los enemigos tlascaltecas y las nues-

1 Bernal Díaz, cap. CLVI.

2 Cartas de relación, en Lorenzana, pág. 289.

3 Loco. cit.

« tras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta. » It's de advertir, que esa carne de los tlaxcaltecas y de los españoles que los mexicanos comian, provenia de los prisioneros que habian sido sacrificados, mas no de los muertos caidos en el campo de batalla.

Francisco López de Gomara, informado por los conquistadores, repite lo relativo acerca de las penurias de los sitiados, y aumenta: « De aquí tambien se conoce cómo los mexicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan, que si la comieran, no murieran así de hambre. »¹ El cronista Herrera,² quien escribió teniendo á la vista documentos auténticos, afirma expresamente: « Tenianse en casa los muertos, porque los enemigos no conociesen su flaqueza: no los comian, porque los mexicanos no comian los suyos. »

Causa admiracion que, contra autoridades tan caracterizadas como estas, emita opinion contraria el Sr. Prescott en su Historia de la Conquista de México; mas ya fué combatida victoriosamente por el Sr. Ramirez.³

V.

Pongo punto final á este asunto. Ignoro cuál será la impresion que mis observaciones dejen en el ánimo de los lectores. En mi creencia personal, los mexicanos gustaban la carne humana, y si por ello pudiera llamárseles antropófagos, indudablemente no eran caníbales. Una advertencia. Ni remotamente se vea en lo escrito la aprobacion del sacrificio humano, ni mucho ménos el comer de la víctima. Es esta una explicacion, y no una defensa. Aborrezco todas las acciones que propenden á la destruccion violenta del hombre, pensando con Lord Byron, que, nunca la sangre se vertió sin crimen.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

1 Crónica de la N. España, cap. CXXXXIII, edic. de Barcia.

2 Déc. III, lib. II, cap. 8.

3 Notas y aclaraciones, pág. 64.
